

EN HOMENAJE AL PRESIDENTE DE SENEGAL*

Por J. L. SALCEDO BASTARDO

La inteligencia y el espíritu de Venezuela comparten, con nuestro Gobierno y pueblo, el júbilo y el honor con que la presencia de usted nos regala. Ayer el Presidente Carlos Andrés Pérez ha fijado en términos felices la sinceridad de estos sentimientos.

Cinco academias nacionales: la Venezolana correspondiente de la Real Española, la de la Historia, la de Medicina, la de Ciencias Políticas y Sociales, y la de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, le ofrecen el homenaje de esta sesión solemne confiándome por unanimidad el muy honroso encargo de darle la bienvenida. Otras instituciones representativas del quehacer cultural de Venezuela están presentes en vivo testimonio de aprecio a lo que usted es y significa. Sea pues el bienvenido en este templo tradicional de la cultura de mi país que saluda en usted al ilustre humanista y poeta y al egregio profesor y doctor, al defensor de una civilización renovada, apóstol de la *négritude* y de los valores culturales africanos desde hace muchos años.

LA NACION HOY

Ha llegado usted, Excelentísimo señor Presidente, a un joven país, miembro de una joven familia de naciones, y el cual se halla en la travesía de la más fascinante y difícil coyuntura de su existencia: el trabajo de hacerse, de vigorizar su entidad de pueblo lozano y maduro, y de acelerar su construcción física, institucional, material, así como política, moral e intelectual.

En la mayor parte de los cuatrocientos y tantos años, que es nuestra edad total como síntesis y realidad colectiva, la señal constante es el ascenso: un ímpetu de progreso define la venezolanidad; una sed de gloria, vocación de grandeza, marca nuestra historia.

Rico y aleccionante es el transcurso hasta hoy, desde aquel agosto en 1498 cuando el Descubridor pisó la Tierra de Gracia, coincidentalmente cerca del sitio por donde Gerónimo de Ortal introduciría tres decenios después a los pimeros africanos en Sur América. Venezuela comienza a ser entonces —antes no había

* Discurso en la sesión conjunta de las Academias Nacionales en honor del Presidente Léopold Sédar Senghor.

tal— cuando españoles, aborígenes y negros inauguran la hazaña vital de combinar sangres y culturas, que hasta nosotros y por nosotros se prolonga.

Respecto a la realidad que constituimos hoy, algunos indicadores permiten diseñar un perfil comprensivo de nuestra identidad. Vivimos en la auspiciosa crisis de la germinación y del asentamiento; no en el quieto disfrute de una heredad ya hecha sino en el drama crucial de dinamismo y expectativas. Centrando la observación en los ocho últimos lustros que conforman el actual ciclo histórico, y sobre varias cifras en materias claves, tenemos que la población de Venezuela se ha cuadruplicado entre 1936 y ahora, pero en el mismo lapso la economía creció, pasando el Ingreso Nacional de 1.500 millones a 101.500 millones de bolívares. La producción de acero desconocida hasta hace poco y la de aluminio de muy reciente inicio, se miden hoy con números respetables, igual las de electricidad y cemento. Fondos de Créditos Agropecuarios e Industrial aplican sumas considerables a nuestro desarrollo. De menos de 2.000 maestros en 1936 llegamos a unos 80.000; y de 1.500 estudiantes universitarios nos hemos remontado a más de 250.000 en la educación superior. A partir de dos universidades subimos a unos cincuenta planteles de alta enseñanza. De la elaboración de nuestra infraestructura hablan, además, los saltos —prácticamente arrancando de cero— hasta más de 12.000 edificaciones docentes, y de unas precarias y escasas vías hasta más de 50.000 kilómetros de buenas carreteras; de un centenar de camas hospitalarias venimos a cerca de 40.000; y el cambio en la expectativa de vida es de 47 años en 1941 por 69 años en 1968. Ha sido el nuestro el primer país tropical sustraído a la malaria; y donde siempre fue muy alta la mortalidad infantil, hoy de cada 1.000 nacidos 957 pasan del primer año.

Conocemos nuestra deficiencia. Procuramos superar nuestra nada leve carga de problemas. No sobrestimamos el valor de los guarismos, ni confundimos cantidad con calidad. Nacionalmente hablando somos críticos exigentes, quizá exagerados y hasta injustamente insatisfechos, de lo obtenido, que pudo haber sido —en más propicias circunstancias— muy superior.

Sin insistir en la recuperación del nombre y del respeto internacionales que en otro tiempo fueron el mayor capital de Venezuela, y que se inscribe actualmente en el saldo político y moral, paralelo a ese saldo tangible antes aludido, consideramos que en el orden de los principios el mayor logro es el afianzamiento de la democracia y la subsecuente estabilidad política que tanto y tan legítimamente enorgullece a la Patria. Resalta sobre todo el espíritu de convivencia que —sin perjuicio del debate ni de la manifestación ardorosa de las discrepancias— predomina en nuestro pueblo, caso bien contrastante en el aflictivo panorama de la Latinoamérica de estos tiempos. Y es por consciente del alto precio de su superación política, que Venezuela defiende con firmeza tenaz esa abierta posibilidad de diálogo, concordia y civilidad tan entrañable.

Cumplidas las hondas y sentidas aspiraciones de la nacionalización de las riquezas fundamentales, subrayada la soberanía, Venezuela desenvuelve hoy un excepcional programa de formación de sus recursos humanos en los centros principales de capacitación en el mundo.

NUEVOS PRINCIPIOS PARA UN PAIS DISTINTO

Congruentes con la realidad y la política de esta nueva nación revisamos nuestra sustentación histórica para plantearnos el presente, y proyectar el futuro, sobre bases adecuadas y cónsonas a una situación positiva y creadora muy distinta de la que hemos venido trajinando.

Ese esclarecimiento lo debemos en buena parte a la democracia con la cual, a plena conciencia, hemos comprometido nuestro destino. Venezuela exalta como valor supremo a la libertad. En la atmósfera de libérrima discusión que es ya consustancial de nuestro pueblo, la comunidad venezolana se ha encontrado a si misma y corrige a fondo ideas arcaicas.

Un nuevo sistema conceptual nos acompaña en el esfuerzo vigente y nos auxilia en la enorme tarea de rectificación que nos ocupa. Percibimos con mayor certeza el carácter ecuménico de este pueblo, al cual las sangres de los distintos continentes sin faltar ninguno ha convergido. Y al grueso repertorio de viejas tesis —todas de un pesimismo raigal: como la barbarie precolombina, la mezcla abyecta de razas inferiores, la Colonia como siglos baldíos, el atraso y el fatalismo tropicales, la violencia anárquica de las guerras interminables, la tiranía y la decadencia como inexorable conclusión— enfrenta y contrapone sus respuestas correlativas de nuevo signo. Por virtud de este moderno razonar se llega a la justa ponderación, con base científica en un conocimiento antropológico irreprochable, de los distintos aportes al acervo común de la humanidad sin exclusiones capciosas. Sobre todo se logra la reivindicación de una experiencia genética: la del mestizaje —de la que Simón Bolívar fue entusiasta y convencido propulsor— como heraldo para una humanidad verdadera. El período hispánico es ahora enfocado como tramo rendidor para el proceso de nuestras consolidación e integración nacionales. La zona tórrida —cantada por Andrés Bello— se torna ámbito salubre y saneado para una noble faena de mañana ya sin determinismos degradantes y donde el hombre —como en el pensamiento de usted, señor Presidente— “es a la vez medio y fin”, base *sine qua non* del nuevo humanismo que reside en la fusión del corazón y de la mente, “la convergencia panhumana”, comunicación y trato del espíritu, un humanismo integral, a la escala más digna.

ORGULLO DE SER LO QUE SOMOS

Históricamente, el mestizaje y la libertad son las coordenadas regias de Venezuela. En ambas está de bulto el Africa. Valorizamos y estimamos cada vez con más justicia la contribución africana a nuestro ser nacional. Sin la más mínima reserva los venezolanos suscribimos el juicio de usted: “No hay raza de señores ni continente privilegiado. Cada uno tiene sus graandezas y sus miserias, cada uno ha desarrollado un rasgo singular de la condición humana, cada uno en cierta etapa ha marcado la historia o la prehistoria con su huella”. El negro en nuestra génesis fue un activo elemento civilizador, con una cultura a todas luces más compleja y avanzada que la de los más adelantados de nuestros grupos indígenas; brindó al producto propiamente venezolano su saber, su vivir, su conocer, su hacer; y a todo ello agregó la emoción —fuerza, pasión, ritmo, impulso ,alegría— para una reiterada y segura constancia de lucha y triunfo.

AFRICA VIVE EN NUESTRO SER

Desde un principio, el impacto africano se hizo sentir en el conjunto de la venezolanidad naciente. En lo económico fue notable factor de desarrollo, igual en lo técnico e industrial. En las minas y en el campo, durante tres siglos, la riqueza colonial se construyó en gran parte con el sudor de su trabajo y muchas veces con su sangre. En lo social está vivo y actuante. Véase la predisposición biológica y psíquica del negro para la vida de esta tierra, y en consonancia con ello —cual lo apunta Gilberto Freyre— su mayor fertilidad en las regiones calientes, su gusto de sol, su energía siempre fresca y nueva en el contacto con la naturaleza. Para el arte de América recibimos del Africa la descarga de su gozosa y robusta originalidad, así como la maravilla de una inmensa gama de nuevos tipos de belleza femenina que enriquecen al máximo nuestras venturosas perspectivas. La idea de la coalescencia de los continentes, por la cual Africa y América encajan sus perfiles como si hubieran estado unidas, explicaría esa ecuación o similitud geográfica que allá y acá ofrece el clima, color, suelo y ambiente, de un hogar común.

Sobre la verdad óptica del linaje negro, el Presidente Senghor en su faceta de pensador agudo, analítico y sagaz, ha plasmado reflexiones inmortales: lo negro-africano “esencialmente, a través de sus tres aspectos —humedad, luz y ritmo— es fecundidad, inteligencia y organización”. Nos place seguir y citar el brillante, armonioso y certero despliegue de sus conceptos: “El arte no consiste en fotografiar la naturaleza sino en domarla. Como hace el cazador imitando la voz de la pieza perseguida, como hacen recíprocamente los dos seres de la pareja, separados, los dos amantes para encontrarse y unirse. La imagen no basta para dar a la obra de arte toda su poesía: toda su fuerza su sugestión. Verdaderamente es el ritmo lo que expresa la fuerza vital, la energía creadora. La imagen no alcanza su pleno efecto sin o la anima el ritmo. Por procesos diversos —combinando el paralelismo y la asimetría, la acentuación y la atonalidad, los tiempos fuertes y los tiempos débiles, inintroduciendo la variedad en la repetición— el ritmo nace, se refuerza, reina absolutamente y expresa la tensión del ser en su búsqueda de esencialización. El ritmo es sin discusión el sello de la *gègritude*”.

Es admirable que en medio de un sistema de ignominia como la esclavitud, el africano hubiera podido sobrevivir sin lesionar ni mermar, de modo irreparable las potencialidades que le confieren su auténtico relieve en la integridad de América. Después de los horrores del desgarramiento y del trasplante, instalado ya en el ser mestizo que es el venezolano, el forzado inmigrante ilumina otro rasgo característico del alma nacional: la irrenunciable vocación de libertad, la disposición al sacrificio por valores políticos de eminente rango, la impavidez y el coraje para la acción heroica.

INTERES POR EL MUNDO NEGRO

Para nosotros no es extraña ni ajena la epopeya del negro en su Africa natal: Expoliado y sometido ayer por opresores ruines; vejado e infamado todavía hoy, en reductos de su propio suelo, con inauditas políticas de fanatismo, crueldad y

obcecada estupidez —como el apartheid—; mas siempre erguido, resistente, indomable y ya victorioso en el empeño de forjar por y para sí su destino.

El Senegal, la digna patria de usted, señor Presidente, resalta como un modelo incitante para los países del tercer mundo. Plausible ejemplo de eso que usted ha definido como acción fecunda por ser acción nutrida de pensamiento, y más aún acción eficaz por ser acción consciente y por la claridad sobre su objeto, sus metas y sus medios. Hace mil años allí estuvo el próspero reino de Tokolor, y una centuria antes de que Colón viniera a América se hallaba en su apogeo el imperio Mandinga. El colonialismo, artillado con su tecnología avasallante, plantó por siglos en su hermosa tierra el estigma de su intrusión y sus sojuzgamientos.

Para América ha sido motivo de sincera satisfacción el advenir de la libertad y el fin del colonialismo y la dependencia en ese vecino continente, del cual su patria por gracia geográfica es la vanguardia más cercana, brazo cordial tendido a nuestros pueblos. En el impresionante contexto del despertar de una rama de la familia humana a la que debe la cultura occidental cuanto por Grecia recibió del milenario Egipto, se inserta la obra eximia de usted señor Presidente.

UN ESTADISTA INTELLECTUAL

Bien dice de su preclara condición el gobernar declarando a la cultura “alfa y omega de la política: no sólo su fundamento sino su objeto”. Su prestigiosa trayectoria es consecuente: Formado de inicio en el Senegal, Leopoldo Sedar Senghor, prosiguió sus estudios en el Liceo Louis-le-Grand de París. Graduado en Humanidades en la Sorbona es el primer africano que alcanza con máximas distinciones su rango universitario. Ejerce la docencia en Francia. Sobrevive a la resistencia y, a la caída del nazismo, emerge como un sólido exponente de la nueva hora.

Por lógica derivación de su reciedumbre doctrinal, intrínsecamente revolucionaria, su responsable inteligencia lo trae a la política. Ejerce altos cargos en París, siempre fiel a su relación sustancial con la tierra que lo vio nacer. Es abanderado de la independencia por la ruta de la sensatez que evite el dispendio de todo lo que podía ahorrarse, ello sin descartar la fuerza que pueda ser necesaria. Se opone a la balcanización del Africa que el imperialismo en retirada deja como siniestra herencia de venganza y despecho.

Desde 1960 es figura de primer plano en el acontecer político africano y del tercer mundo. Presidente de la República del Senegal y líder del partido Socialdemócrata senegalés ha sido reelecto en dos oportunidades.

Es autor de celebradas obras poéticas entre las cuales sobresalen: “Chants d’Ombre”, “Hosties Noires” y “Ethiopiennes”. Variada e importante es su prosa: ensayos políticos, estudios literarios, trabajos de lingüística y periodismo. Una veintena de universidades que incluye las de Strasbourg, Lovaina, París, Frankfurt, Los Angeles, Beirut, Bahía, El Cairo, Harvard y Oxford, le ha discernido el doctorado Honoris Causa. Es miembro correspondiente de academias de Alemania, Francia y Estados Unidos, y ha sido laureado con unos doce premios literarios de diferentes países. En toda la historia nacional es el primer Jefe de Estado que recibe este homenaje intelectual.

VENEZUELA Y LA NEGRITUDE

Sobran los testimonios, a través de los medios de comunicación social, demostrativos de que el pensamiento de usted, señor Presidente, encuentra en Venezuela y en América Latina fraterna resonancia. Su teoría de la *négritude*, compartida con el renombrado Aimé Césaire, que llama a la preservación y definición de los rasgos culturales originales del hombre negro, sin falsificación ni distorsiones, para la entrega calificada al patrimonio común de la humanidad, coincide con los planteamientos que aquí hacemos a favor de un latinoamericanismo cada día más genuino, donde la nítidez de nuestros caracteres mestizos, ya ensamblados y fundidos en una unidad singular y palpitante, nos permita participar en el intercambio universal con voz y personalidad propias. “*La négritude* —en su decir preciso— no es ghetto, por el contrario es apertura. Crecimiento y floración antes de abrirse al polen fecundante de otros pueblos y civilizaciones. Para poder llegar a enriquecerse enriqueciendo a los tesoros de los otros, es preciso primero ser nosotros y serlo fuertemente”. Cada pueblo ha de sumar a la diversidad del conjunto humano sus peculiares esencias; y el mosaico que es producto de factores heterogéneos y distintos nunca podría resultar de la monótona y hastiante repetición de pedazos idénticos.

Estos afanes de individualización esmerada y superior previa a la concurrencia al torneo de la cooperación interdependiente, se entroncan con los redentores empeños de Bolívar después de que en la mente y en la voluntad de otro venezolano —que por cierto empezó en el Africa su carrera pública— Francisco de Miranda, nuestra América fue cuestión primordial. Y esa es la causa a la que sirvieron Andrés Bello, Simón Rodríguez y Antonio José de Sucre, que son grandes justamente por la altruista dimensión de sus ideales.

También es ese el mismo aliento en la acción de gobierno del Presidente Carlos Andrés Pérez; evidenciado de sobra en pronunciamientos reiterados de franca y diáfana coherencia como los hechos en Nueva York, Roma y Ginebra, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, ante la FAO y la Internacional Socialista, respectivamente, y en sus visitas a países de cuatro continentes, además de su prédica incansable desde Venezuela sobre temas del calibre del nuevo orden económico internacional, sobre la personalidad de los países del tercer mundo y su básica solidaridad, contra el racismo, contra el colonialismo cultural y tecnológico, y muy concretamente a favor de la ayuda de la OPEP para las naciones en desarrollo y en pro de la Universidad de las Naciones Unidas.

HACIA LO UNIVERSAL

Confiamos con usted, señor Presidente Senghor, que el coloquio de todas las culturas nos acerque indefectiblemente a la civilización panhumana, la civilización de lo universal, la que “se empobrecería si faltase un solo valor de un solo pueblo, de una sola raza, de un solo continente”. El sentido y la razón de vivir, como han dicho Césaire y usted”, “está en a cita del dar y recibir”. Es elocuente su advertencia: el pueblo que no se sienta portador de un mensaje específico es pueblo acabado, y su destino es el museo. A la cita del siglo XXI vamos todos a hacernos

donaciones recíprocas, para levantar la obra magna del género humano: la civilización de lo universal.

El entendimiento entre su nación que es avanzada moderna del Africa, y la comunidad latinoamericana tan consustancial para Venezuela, es presagio de una aurora de esperanza y amistad. Nos necesitamos mutuamente, y en las afinidades de sangre, cultura e historia, tenemos mucho camino andado para la aproximación beneficiosa a ambos hermanos en el área de nuestras aspiraciones coincidentes.

En el convulsionado y crítico instante que vivimos, nos queda a ustedes y a nosotros, ribereños del mismo océano, la ilusión compartida, análoga fe en la bondad, la justicia y la belleza. Creemos en la moral como título de digna perennidad, y en todo cuanto eleva y sublima al hombre al par que tonifica y regenera la estructura íntima de los pueblos, y los faculta para las más ambiciosas empresas de bien que son las únicas perdurables. Como usted ha escrito: “La poesía no debe perecer, pues ¿dónde estaría la esperanza del mundo?”. En tiempo de mengua y tristeza, su poesía anhelante y segura invocó al héroe de las antiguas tradiciones de su pueblo, al Guelowar; en su canto inmarcesible lo acompañamos hoy:

“Tu voz habla de honor, de esperanza y combate, y sus alas inflaman nuestro pecho,

Tu voz que dice patria soberana y triunfal, nos llama a construir la ciudad nueva en el día azul,

Con la igualdad de pueblos fraternales. Y nosotros de pie, le contestamos: Presentes Guelowar!”.